



EL NÚMERO 8

Durante largo tiempo se creyó que Juan había nacido en 1918. Él mismo señalaba como el de su origen ese año intermedio del régimen de Venustiano Carranza (1916-1920), el caudillo coahuilense que impuso sus propósitos liberales sobre la revolución social de Emiliano Zapata y Francisco Villa.

La inexactitud pudo deberse a la ausencia de quienes le habrían dicho dónde y cuándo nació, o tal vez obedeció a una preferencia inconsciente del novelista por el 8 frente al 7, entre otras razones porque en 1927 se le separó de su madre para hacerlo estudiar en el internado Luis Silva de Guadalajara, y a fines de ese año ella murió; fue sepultada el 27 de noviembre de 1927, después de una noche de velorio en que Eva y Francisco Javier se quedaron un rato solos con su mamá, creyéndola dormida. Como vimos, Severiano y Juan no tuvieron permiso para venir de Guadalajara, en un viaje que entonces tomaba unas veinticuatro horas.

El 8 posee en la obra escrita una presencia superior a los demás dígitos, de por sí escasos: Dolores le pide a Fulgor que le diga a don Pedro que la espere “unos diyitas”, de modo que se casen el 8 de abril. Susana San Juan muere un 8 de diciembre. Pedro Zamora embiste a “ocho soldaditos” dos tardes de ocio en “El Llano en llamas”.¹

Si nos paseamos por las posibilidades simbólicas que Jean Chevalier y Alain Gheerbrant han descubierto en las culturas antiguas, reconoceremos que el 8 ocupa un lugar decisivo por ejemplo entre chinos y dogon, entre quechuas y bambaras, entre hindúes y japoneses (“desde época muy lejana”, estos últimos llaman a su territorio “las Gran-Ocho-Isas”).²

Después del séptimo día, tras la Creación y el *sabbat*, el octavo es para los gnósticos y los cristianos el primer día de “la vida de los justos y la condenación de los impíos”. El ocho –dos veces cuatro, dos ruedas en equilibrio– y el octógono “tienen también valor de mediación entre el cuadrado y el círculo, entre la tierra y el cielo, y por tanto se refieren al mundo intermedio”; son números y signos de fecundidad y de movimiento en equilibrio.

En la mitología secreta de Rulfo, Dolores Preciado le está pidiendo al joven cacique que se unan en un día fértil. Sin embargo, Pedro quisiera que se casaran lo más cerca posible de aquel día primero en que hablan Fulgor y Dolores, como indicio de que él se considera único en ese matrimonio y de que nunca habrá para él una verdadera pareja; el uno es, allí, la cifra de un poder monológico e inútil:

–Pero es que usted no me entiende, don Fulgor.

–Entiendo. La boda será pasado mañana.

Y la dejó con los brazos extendidos pidiendo ocho días, nada más ocho días.³

Fulgor no comprende porque no necesita hacerlo: le basta imponerse en el diálogo a nombre de su patrón. Más adelante veremos que reaparece el 8 de diciembre como punto de contacto entre la vida y la obra.

PÁGINA ANTERIOR:

El Llano Grande y el cerro de El Petacal.

Década de 1940.

Foto de Juan Rulfo.

¹ Respectivamente, Pedro Páramo, pp. 56 y 147, y *El Llano en llamas*, p. 104.

² *Diccionario de símbolos*, pp. 768-770.

³ *Pedro Páramo*, p. 56.

es sugestiva: el viajero solitario respira el aire de las alturas, y aunque no vemos su cara podemos aspirar con él la plenitud y la seguridad que le proporciona la contemplación del escenario; éste, *mutatis mutandis*, podía serle secretamente familiar a quien conocía el Llano Grande desde el cerro que aparece en la foto de ca. 1940 o a quien había visto los valles y los promontorios que rodean las masas volcánicas de la ciudad de México. Rulfo no sólo confiaba *en* la cámara; también se confió *a* ella: el protagonista de estos autorretratos es un hombre a sus anchas en uno de los cronotopos vivos de gigantes como Friedrich Hölderlin, Novalis, Heinrich von Kleist, John Keats o como años después Zarathustra, heredero de la vocación romántica culta por las alturas. Hay una especie de alegría superior a lo terrestre en este joven que fuma tranquilo una pipa larga, mientras contempla un paisaje lacustre y escarpado.

En cambio, ya acabo de sugerir que Rulfo no practicó la idealización romántica del pueblo o de un grupo étnico. Entre 1958 y 1950 Pablo Neruda fincaría su *Canto general* sobre el concepto ideológico de “pueblo”, sin el cual a sus ojos resultaba imposible la gesta liberadora americana. Una parte crucial de la literatura latinoamericana posterior a la epopeya del chileno es una crítica soterrada o explícita a este constructo romántico: desde la obra de Rulfo hasta las de José Revueltas y de Gabriel García Márquez, la recepción activa de la obra nerudiana puso una voz de alerta frente a un idealismo sin plena correspondencia con la realidad. Rulfo tampoco idealizó a algún equivalente mexicano del gaucho, como sí lo hizo Jorge Luis Borges. Mijail Bajtín decía que Jean Jacques Rousseau magnificaba el pasado porque, a diferencia de Johann Wolfgang Goethe, no tenía suficiente sensibilidad y voluntad para soportar la conciencia del tiempo ido como un suceder incesante, como un fragmento de la historia de la humanidad; según el pensador ruso, toda historia es también a fin de cuentas geografía y toda geografía es historia, y ambas son sociales, tal y como lo percibió y practicó nuestro artista. En resumen, el posible romanticismo de Rulfo debe quitar del concepto cualquier suspicacia de idealización e ideologización del objeto; precisamente uno de los secretos del arte de Rulfo se cifra en la minuciosa pasión y el simultáneo sentido crítico que el autor puso al tratar la realidad circundante. A su vez, para entender las nada ilusas razones geopolíticas y culturales por las que Borges y su entorno idealizaron al gaucho hacia 1924, véase el artículo de Dieter Reichardt citado en la bibliografía.

Aun así, justo por el carácter emergente de América el de 1945 fue un año único para quienes, como Rulfo y como el también jalisciense Gerardo Murillo, el Dr. Atl, se habían vuelto devotos de los volcanes. Nunca como entonces correspondería América Latina al estereotipo de “continente telúrico”, pues entonces de la noche a la mañana brotó entre sacudimientos un volcán en suelo michoacano, no lejos de la ciudad de Uruapan. El pintor y el fotógrafo se desplazaron presurosos para aquella región de tierra caliente, en una entidad donde también nacieron o vivieron grandes hombres de la Independencia (Miguel Hidalgo y José María Morelos), la Reforma (Melchor Ocampo) y la Revolución (Lázaro Cárdenas y Francisco J. Múgica). No siempre es fácil fechar las fotografías de Rulfo, pues él practicó una cierta intemporalidad gráfica afín a la difuminación del tiempo exacto en sus textos. Pero aquí la datación es sencilla, aunque los paisajes captados parecen, ya que no del todo ahistóricos, sí entre terrestres y lunares.⁵⁴

Aquellas alturas, que le consintieron el “más allá de la Providencia” con que contempló Pedro Páramo a Susana San Juan, se relacionaron en 1944 con el conocimiento de Clara Aparicio Reyes, en un espacio tan cotidiano y familiar como puede ser una cafetería y nevería en Guadalajara. El sitio se llamaba Nápoles, ya desapareció y estaba enfrente del cine Variedades, nada lejos del centro de la ciudad y del Templo del Carmen, donde Juan y Clara se casarían en 1948: “¿Por qué estabas tú ese día en el café Nápoles?, y ¿por qué estaba yo también allí?”⁵⁵

La belleza de ella lo ayudó a encontrarse con su propio pasado, con ese tiempo que para San Agustín es uno de los tres presentes en los cuales día tras día nuestro destino se despliega.



PÁGINA SIGUIENTE:
Clara Aparicio de Rulfo
en un día de campo, circa. 1948.
Foto de Juan Rulfo.

54 Por las características de las fumarolas y por el tamaño del volcán creciente, pueden fecharse las fotos hacia 1946: en este año, por cierto, dejó de percibir por seis meses su sueldo como agente de Migración debido a las crueles burocracias impersonales de la Secretaría (Antonio Alatorre, *art. Cit.*, pp. 65-67). En 1943, José Revueltas publicó *El luto humano*, que para Jorge Ávila Storer se ubica en los años de transición de la narrativa tradicional a la contemporánea” (2002 7). Tampoco Revueltas desperdició la oportunidad de ver el Parícutin como un símbolo de la realidad mexicana: véase *Visión del Parícutin (y otras crónicas y reseñas)*. México: ERA, 1983, especialmente “Visión del Parícutin”, 15-25, donde el autor materialista cita las expresiones desesperadas de los campesinos que, “dueños de un volcán”, ahora carecían en cambio de un simple pedazo de tierra para cultivar. La prosa de Revueltas busca expresar realidades sobrecogedoras e insólitas como las imágenes que Rulfo captó con la cámara.

55 *Aire de las colinas*, pp. 79-80.